

3º Otras aplicaciones a nuestras almas.

Este hecho es una clara ilustración de la gran verdad enunciada por San Pablo en su Epístola a los Corintios:

«Si consideráis, hermanos, vuestro llamamiento, veréis que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; antes bien, Dios ha elegido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte. Dios ha elegido lo vil del mundo y lo menospreciado, y en definitiva lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte delante de Dios» (1 Cor. I 26-29).

Y esta conducta Dios la observa siempre, de modo que también podemos entender el combate entre David y Goliat, de la situación actual que le toca sufrir a la Iglesia, y de la lucha propia de nuestra vida espiritual.

1º **Lucha de hoy por guardar la fe.** Goliat es el modernismo, el Concilio Vaticano II, la nueva religión instaurada con motivo de este concilio; aparentemente muy fuerte, pues cuenta con todas las estructuras y hombres de Iglesia; e impermeable realmente a la Tradición, a la doctrina de siempre. Mientras que David es Monseñor Lefebvre, la Fraternidad, el conjunto de fieles que quieren permanecer en la fe de siempre; el bastón con que se adelanta es la Santa Misa, y la piedra que le clava en la frente es la fe católica, frente a la cual se desmorona el coloso.

2º **Nuestra vida espiritual.** Goliat es nuestro viejo hombre, fuerte por la ayuda que le prestan las heridas que el pecado original dejó en nuestras almas; y nos acosa tan constantemente, que podríamos tener la impresión de que jamás podremos vencerlo. Mientras que David es el hombre nuevo, regenerado en nosotros por la gracia de Cristo; y las cinco piedras con que derriba al viejo hombre son las cinco Llagas sagradas de Nuestro Señor, y el cayado, la meditación e imitación constante de su cruz.

En esta lucha que nos toca sostener, no podemos desfallecer. Somos débiles, es cierto, pero vamos al combate, no fiados de nuestras fuerzas, sino, al igual que David, revestidos de la fortaleza misma de Dios, de la que debemos esperar con certeza la victoria.

Conclusión.

No olvidemos que la Virgen Santísima es el castigo y terror de Satanás, razón por la que la unión con Ella es la prenda infalible de la victoria. Ella, mejor que nadie, venció al demonio por su humildad; Ella es la piedra que Cristo le clavó en la frente cuando, en la Cruz, la asoció a su obra redentora y la hizo Madre nuestra. En ese momento Ella le aplastó la cabeza, y desde entonces lo hace cada día. *Auxilium Christianorum, ora pro nobis!*

Simbolismo del combate entre David y Goliat

El Breviario, en la semana del 4º Domingo después de Pentecostés, hace leer a los sacerdotes en el Breviario el primer libro de los Reyes; y justamente, en el mismo domingo, narra la famosa batalla de David contra Goliat (I Rey. 17). Puesto que se trata de un episodio altamente simbólico, muy provechoso será exponer primeramente cómo nos lo cuenta la Sagrada Escritura, para indagar luego su sentido espiritual y concluir haciendo algunas aplicaciones a nuestras almas y a la situación actual de la Iglesia.

1º El episodio de David y Goliat tal como lo cuenta la Sagrada Escritura.

Nos cuenta este primer libro de los Reyes cómo Dios eligió por rey de Israel a Saúl; y cómo Saúl, que al ser elegido era un joven dócil y virtuoso, empezó gobernando santamente el pueblo que Dios le había encomendado. Pero luego se dejó arrastrar por su propia voluntad, e incurrió en infidelidades graves al Señor, y por eso mereció ser reprobado por Dios y remplazado por otro rey según su corazón, que no sería otro que David. Y justamente Dios se valdría del episodio del combate de David con Goliat para mostrar al pueblo de Israel la reprobación de Saúl y la elección de David.

Por aquel entonces los Filisteos entablaron guerra contra Israel, y acamparon en el Valle del Terebinto, al sudoeste de Jerusalén y de Belén. El pueblo de Israel acampó al otro lado del valle, de modo que los dos ejércitos estaban frente a frente, esperando la ocasión propicia para iniciar el combate. En esto salió de las filas filisteas Goliat, un gigante, descendiente de los gigantes que Josué halló al entrar en la tierra prometida, algunos de los cuales lograron escapar de la muerte huyendo a ciudades de los Filisteos.

- Su **estatura** era de seis codos y un palmo (3,20 metros).
- Estaba revestido de una **coraza** de malla de 5.000 siclos de bronce (unos 70 kilos).
- Llevaba un **yelmo** de bronce que le cubría toda la cabeza, una **lanza** gruesa como un árbol, que llevaba una punta de hierro de 600 siclos (8,5 kilos).
- Sus **hombros y piernas** iban también protegidas con planchas de bronce.

Era, pues, absolutamente impenetrable a las flechas y a los golpes de espada más diestros.

Así revestido, injuriaba durante cuarenta días al pueblo de Israel, desafiándolo a un duelo singular, despreciando al Dios de Israel y burlándose de la cobardía de los Israelitas, ya que nadie se atrevía a aceptar el desafío. Mas quiso Dios que, en el momento en que salía de nuevo Goliat a injuriar a los ejércitos de Israel, estuviese allí David, que tenía a la sazón poco menos de 20 años. Había venido enviado por su padre para llevar provisiones a sus hermanos, que estaban entre las filas de Saúl. Al oír al filisteo, santamente indignado, mostró su deseo de aceptar el duelo.

Este duelo no quería aceptarlo David llevado por presunción alguna, sino totalmente movido por el Espíritu de Dios. En efecto, David ya había sido ungido en ese momento como rey de Israel por Samuel, en sustitución del infiel Saúl; y en el mismo instante en que era ungido, la Sagrada Escritura afirma que «el Espíritu de Dios se apartó de Saúl y reposó en David».

Y David tuvo la prueba de que el Espíritu de Dios reposaba en él, cuando en dos ocasiones se sintió movido por El a matar a un león y a un oso. En efecto, mientras pastoreaba sus ovejas, un león y un oso hicieron presa en el rebaño, y David, corriendo tras ellos, les arrebató la presa y, asiéndolos por las quijadas, los mató. Puesto que es imposible que la fuerza de un hombre se enfrente de este modo a un león y a un oso, la única explicación de que David lo haya logrado es que a ello lo movió el Espíritu de Dios que ya reposaba en él, y que quería darle en estas dos ocasiones la seguridad de que podría luego desafiar a un gigante de la talla de Goliat.

Habiendo sabido Saúl que alguien se atrevía a aceptar el desafío de Goliat, lo hizo llamar, y viendo cuán joven era, le advirtió que era imposible que él, siendo un mozalbete, lograra vencer a un hombre adiestrado desde temprana edad en las armas y en la lucha. Es ahí cuando David tranquilizó a Saúl diciéndole que él, joven como era, había dado ya muerte con sus propias manos a un león y a un oso. Con ello, aceptó Saúl finalmente que David se batiera con el gigante, e hizo que le revistieran con su propia armadura. Mas David, después de probar la armadura, y viendo que no tenía costumbre de moverse con ella, la dejó de lado, y fue a enfrentarse con Goliat en su atavío de pastor.

Así pues, David, con su bastón de pastor, y eligiendo del torrente cinco piedras bien lisas, se acercó a Goliat, confiando ciegamente en que Dios le daría la victoria. Goliat, al verlo tan joven, y que venía a él sin armas, se enojó sobremedera, jurando por todos sus dioses y maldiciéndolo:

«¿Acaso soy yo un perro para que vengas a mí con un bastón? Ven aquí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo».

Contestóle David:

«Tú vienes a mí con espada y lanza y escudo, mas yo voy a ti en nombre del Dios de los Ejércitos de Israel, a quien tú has escarnecido. Hoy mismo te entregará Dios en mis manos, y te mataré, y te cortaré la cabeza, y te entregaré a ti y a tus filisteos

a las aves del cielo y a las bestias del campo, para que toda la tierra sepa que hay Dios en Israel».

Y metiendo la mano en el zurrón, tomó una piedra, la lanzó con su fronda, y se la clavó en la frente al filisteo, el cual, aturdido por el golpe, cayó de bruces. David, aprovechando rápidamente la situación, se le subió encima, y tomando entonces su propia espada, le cortó la cabeza. Al verlo, todo el ejército filisteo huyó espantado, y el pueblo de Israel lo persiguió, consiguiendo contra él una victoria completa.

2º Significado espiritual de este episodio: victoria de Cristo contra el demonio.

Si pasamos ahora a descubrir el sentido típico que el Espíritu Santo encerró en este episodio, según lo han explicado los Santos Padres, hallaremos que:

- *Goliat* es aquí figura de **Lucifer**, que, arrogante como Goliat, creía ser invencible por cuanto hasta entonces ningún humano había logrado vencerlo ni librarse de su poder.

- Su *armadura* representa la absoluta impenetrabilidad a la gracia, a la vez que **su fuerza muy superior a la humana**, y las armas con que ataca a la Iglesia.

- El *desafío* que lanza simboliza **el poder que el demonio tenía en el Antiguo Testamento**, en que el demonio desafiaba a Dios, y la impotencia de la Ley para hacerle frente, ya que nadie podía aceptar el duelo con que él desafiaba, no habiendo nadie capaz de vencerle.

- *David* es una clara figura de **Jesucristo**, que revistiéndose de nuestra carne, acepta el duelo con Lucifer, y va contra él revestido con las armas de Saúl, esto es, con las prescripciones de la Ley; pero como ve que son un estorbo más que una ayuda, se despoja de ellas, y acude al combate con el gigante con su humilde atuendo de pastor.

- En el *combate* Jesucristo se adelanta solo, con un cayado, con la apariencia de un pastor que da la vida por sus ovejas. El *cayado*, por supuesto, es figura de **la Santa Cruz**. Satanás, al ver la humildad con que Cristo se presenta ante él, lo desprecia; pero Cristo, seguro de la victoria, lo tumba y le corta la cabeza con la misma espada que el gigante llevaba: esto es, con lo mismo con que el diablo pretendía darle muerte a Cristo, Cristo lo vence.

- La *victoria* que David logra sobre Goliat significa la liberación completa que Cristo nos alcanza contra el demonio.

El mismo Cristo nos descubrió el significado de este combate de David contra Goliat en la parábola del fuerte armado, que dice así: «Cuando el hombre fuerte y armado –esto es, Lucifer– guarda su propia casa –esto es, la humanidad, a la que él creía poseer sin rival–, sus posesiones están en paz. Pero si viene uno más fuerte que él y le vence –ese es Cristo Nuestro Señor–, le toma todas sus armas en que confiaba y reparte sus despojos» (Lc. II 21-22).